



Retazos

Los compañeros y compañeras del Grupo unimos nuestras palabras, como siempre hemos hecho, para entretejer, esta vez, una colcha emocional de recuerdos y sentimientos compartidos que pueda reanimarnos en la orfandad que nos ha dejado la pérdida de Chema.

Grupo Eleuterio Quintanilla

Chema y el nacimiento del Grupo Eleuterio Quintanilla.

Juan Nicieza

Nos conocimos a mediados de los 80 en la efervescente Casa del Maestro de Gijón (germen de los futuros CEP y CPR). Chema estaba recién retornado de Bilbao donde había iniciado su carrera como maestro y creo que en aquel momento formaba parte del equipo que había puesto en marcha la Compensatoria, mientras que yo estaba en el núcleo coordinador de los centros experimentales de lo que después fue la LOGSE. Coincidíamos en algunas actividades de carácter general y entablamos una relación que se fue estrechando cuando a comienzos de los 90 fuimos destinados él al CP Lope de Vega y yo a su vecino Mata-Jove, centros ambos inmersos en los procesos de experimentación de la reforma educativa. Gran parte de nuestras conversaciones tenían que ver con los problemas que detectábamos en el aula de un barrio obrero y con las experiencias que en publicaciones como Cuadernos de Pedagogía abordaban su corrección. Pero también tenían cabida las películas del momento, las novelas que estábamos leyendo e incluso las vicisitudes de nuestro Sporting. Era un conversador magnífico, más inclinado a problematizar y a sugerir que a pontificar.

A finales de 1992 ambos nos involucramos en la creación de la Plataforma Asturiana de Educación Crítica, una iniciativa de un grupo de enseñantes de Primaria, Secundaria y Universidad deseosos de acabar con la escisión entre desempeño profesional y práctica sociopolítica. Tras un año largo de debate, el 16 de abril de 1994 se celebró la asamblea constituyente, que aprobó un modelo de funcionamiento articulado en torno a la asamblea, los grupos de trabajo, las comisiones y la coordinadora.

En este contexto Chema madura la idea de crear un grupo de trabajo de educación antirracista, asunto del que tenía un cierto nivel de conocimiento por los contactos que había establecido en sus años bilbaínos con Peio Ayerbe y otros compañeros que habían creado SOS Racismo Guipúzcoa, y la vamos discutiendo con Rosa Calvo y Toño Reguera. Después de darle unas cuantas vueltas finalmente decidimos echarnos a andar con un equipaje bastante precario: los conocimientos y los contactos de Chema y la voluntad de trabajo de los demás. Se incorporan Rosalía Pérez (maestra en el Lope de Vega) y Juan García (compañero de Chema en los estudios de Pedagogía).

Dos años después aparece nuestra primera publicación (“Materiales para una educación antirracista”), fruto de nuestras lecturas para orientarnos en un asunto con posiciones tan enfrentadas. En este libro aparecemos los seis autores con nuestros nombres y no es hasta 1998 cuando nuestro segundo trabajo aparece firmado por el Grupo Eleuterio Quintanilla. Además, habíamos crecido con la incorporación de Josefina A. de la Torre, Conchita F. Maldonado, Isabel Jiménez, Casimiro Rodríguez y José Luis Testa. También sufrimos una baja por razones de salud: Rosalía Pérez. El Grupo se había consolidado y la nómina de miembros iría creciendo, aunque también en ese camino sufrimos algunas pérdidas, bastantes de ellas, desgraciadamente, por fallecimiento.

En toda esta trayectoria de casi veintiséis años Chema ha sido el indiscutido motor del grupo. Aunque todas las iniciativas se sometían a discusión, en ocasiones muy intensa, la mayor parte le correspondían a él, y a los demás nos tocaba dimensionarlas, hacerle descender a tierra y recordarle que los ritmos de trabajo tenían que armonizarse con nuestro quehacer diario en el aula. Refunfuñaba un poco, pero acababa cediendo entre las risas generales. Y de ahí nos íbamos a tomar unos vinos mientras arreglábamos el mundo o nos echábamos unas risas a propósito de cualquier cosa.

Escribo estas líneas desde el dolor y el desconcierto por la pérdida de un compañero y, sobre todo, de un amigo con quien compartí tantas cosas en lo profesional y en lo personal. Todas las muertes son injustas, pero lo son más cuando quienes desaparecen son personas generosas en sus ideales de justicia y solidaridad, y también en la ayuda a las personas que tienen a su alrededor. Fui testigo del cariño con el que trató a su madre en sus últimos años, de su atención a su hermana y a sus sobrinos, de su preocupación por los alumnos que no encajaban en la cultura escolar y un larguísimo etc. Al mismo tiempo, su enorme fortaleza moral le permitía compaginar eso con todas las luchas en que se comprometió a fondo: el movimiento anti-OTAN, la insumisión al servicio militar, Radio Kras, la escuela pública, etc. Y, naturalmente, el Grupo Eleuterio Quintanilla como arma de lucha contra el racismo y la marginación de los débiles.

Una persona así no merece morir tan joven y de manera tan cruel.

Hasta siempre, querido Chemari. Tu vida no ha sido en vano.

Huellas de luz

Rosa Calvo Cuesta

Años ochenta. Yo participaba en un proyecto de innovación de Lengua, coordinado por César Cascante, y quería incorporar experiencias de radio. César me habló de Radio Kras y de Chema. Me citó en el entonces café San Miguel. Castellana y maestra novata en la ciudad, llegué bastante cohibida. Pero Chema sabía conectar con la gente, era cercano, afable y generoso, puso en mis manos información, recursos. Y me fichó.

Poco después coincidimos en la Plataforma Asturiana de Educación Crítica, donde recuerdo también la influencia de José María Rozada. En el seno de la Plataforma surgieron varios grupos de trabajo; entre ellos, uno centrado en la interculturalidad y antirracismo, que proponía Chema. No lo dudé; aquel tema me interesaba, aunque desconocía quién era Eleuterio Quintanilla, cuyo nombre sugería para el grupo. Era el año 1994. Seis personas iniciamos un camino que no podíamos imaginar llegaría tan lejos. Desde entonces, salvo un paréntesis fuera de Asturias, he seguido ahí, compartiendo proyectos, reuniones, debates, aprendiendo muchísimo de Chema y de las personas que se fueron uniendo.

No recuerdo cuándo fue la primera vez que me encontré hablando del Grupo en público. Chema era ese padre, maestro, compañero que educa con el ejemplo, que sabe dar y exigir. Y nos empujaba a salir a la palestra. Los argumentos para resistirnos no funcionaban. Nos hacía sentir que podíamos y debíamos hacerlo.

Gracias, Chema, por la confianza que siempre pusiste en mí. Y por ese mensaje que me escribiste con tu corazón de “guaje de barrio” el último día que nos vimos: “Para Rosa Calvo, con admiración”.

La muerte te llevó en abril. Un nuevo abril de mal recuerdo. Pero nos quedan tus huellas de luz.

*“Nuestras vidas son los ríos que van a dar en la mar...” Allá nos veremos,
Chema.*

A Chema

Conchi Francos Maldonado

Cuando recibí la noticia del fallecimiento de Chema, sentí esa niebla que nubla la emoción por la pérdida de una persona querida. Al mismo tiempo pensé en la obra de Pollock, que me evoca la trayectoria de ese guaje de barrio, un recorrido repleto de líneas, contrastes y matices que desprende una intensa vivacidad. De esas líneas emergen los múltiples caminos trazados y recorridos por Chema en ámbitos diversos, itinerarios que tejen redes y construyen una tupida trama de participación, compromiso, saberes, amistad... Son caudales que se expanden creando un tapiz de colores vivos en contrastes simultáneos, capaces de crear movimiento: de reivindicación política y social, de transformación educativa, de ondas de radio alternativa, de música....siempre buscando cambiar la sociedad por otra más justa.

Hace ya muchos años que formo parte del Grupo Eleuterio Quintanilla, y desde entonces, las reuniones de los viernes, siguiendo con el símil de la pintura, contaban siempre con la paleta de Chema dispuesta a plasmar fuentes de saber, travesías a recorrer, interrogantes a resolver, posibilidades..., en definitiva, a construir pensamiento complejo, una escuela y una sociedad interculturales. Chema conseguía que las personas del Grupo nos combinásemos a modo de colores complementarios para ir construyendo una obra, en nuestro caso, pequeños pasos por una escuela y un mundo más intercultural y antirracista.

Chema también conocía y defendía el papel de la Memoria, uniendo su voz a la de Primo Lévi "pensad que esto ha sucedido". Tu memoria, Chema, deja en mí un gran vacío como amigo y una profunda huella que nos invita a la movilización y a la resistencia.

Chema

Maje Llorente

Coincidió con Chema hace 25 años en una formación sobre mediación intercultural. Se empezaba a hablar de inmigración, de “mi mapamundi” y de ponerse en el lugar del otro. Pero fue un lustro después, ya metida de lleno en esto de la enseñanza de español a inmigrantes, cuando, en Las Otras Caras del Planeta lo abordé tras uno de sus talleres de magnífico comunicador. Me acerqué a él: “enseño español a inmigrantes, quiero aprender más”, le dije. Me invitó a un café y me prestó un montón de libros y de artículos. Y me introdujo en el Grupo Eleuterio Quintanilla y salió Extranjeros en la Escuela.

Señala Chema en Un guaje de barrio que el contacto con la sociedad Gesto y lo que allí ocurría supuso un antes y un después en su vida. Entrar en contacto con el grupo Eleuterio Quintanilla supuso lo mismo para mí. En los tiempos en que estuve alejada del grupo nunca dejó que me fuera del todo. Intentando soslayar los obstáculos, pidiéndome colaboración, insistiendo para que volviera. Quienes conocen a Chema, saben de su perseverancia. Y lo consiguió. Yo me moría de ganas. Y volví.

Chema me escuchó, me hizo reflexionar, me aconsejó y siempre, siempre, me animó a pelear. Chema era mi mentor. Chema era mi amigo. Se murió. Duele mucho.

Metáforas

Ana Gloria Blanco Orviz

El 28 de abril nos dejó Chema Castiello. La muerte volvió a sorprendernos, esta vez en un mes de abril inédito y temeroso, de calles vacías y emociones encerradas. Como encerrada estaba su voz, la de un conversador infatigable nacido para escuchar y para preguntar.

Yo lo conocí en el instituto de La Calzada en el año 2000, cuando ya había logrado mostrar su valía en un ámbito en el que no fue muy bien recibido como primer orientador. Buen maestro experimentado, se relacionaba muy bien con el alumnado con más dificultades y con el más conflictivo. En primer lugar, les tendía su mano y, luego, les mostraba su aprecio y su respeto, procurando no juzgarles. A partir de ahí todo era mucho más sencillo. Buscaba las metáforas precisas a través de las que lograba la comprensión de quien le escuchaba. Cuando aún no habíamos oído hablar de la "gestión emocional de la neurociencia", Chema la practicaba de manera natural en su relación con la juventud.

De su vida anterior me queda la memoria de quienes le conocieron y su entrañable libro *Un guaje de barrio*. Y una foto que es en sí misma una metáfora:



En el último otoño celebramos el 25 aniversario de la constitución del Grupo Eleuterio Quintanilla, con la presencia llena de voluntad de Chema. Entonces fuimos conscientes quienes participamos de que era también nuestra forma de hacerle un pequeño homenaje, ahora que la enfermedad se lo llevaba con pasos de gigante. El grupo formó parte de su vida desde su creación, aunque tuvo tiempo para explorar

sus otros muchos intereses. En él encontró un lugar desde donde poder llevar a la juventud de nuestros centros escolares la igualdad entre los seres humanos, la recuperación de la memoria histórica y la ética solidaria. Todas las personas que formaron y formamos parte del grupo construimos a lo largo del tiempo un trabajo compartido, voluntario y libre, que tuvo en Chema un bastión insobornable, tozudo a veces, pero siempre con confianza en la capacidad de las demás personas. Abrir puertas era una de sus grandes capacidades. Lo hacía ofreciéndote responsabilidades con generosidad, animándote a asumir nuevos retos y apoyándote. No es algo frecuente entre nosotros, más dados a competir por cualquier cosa.

La vida es como un recipiente. El recipiente de Chema rebosaba cuando le encontró la muerte. Te echamos mucho de menos.

Chema Castiello

Manuel Juan Martínez Pérez

Creo que fue a mediados de los ochenta cuando, gracias a Cienfuegos, conocí a Chema, como también a Carlos López y a otras personas a las que tanto admiraba, que no me parecía que me sacaran muchos años, pero en conocimientos y sabiduría la distancia se me antojaba astronómica, como si no se hubieran limitado a acudir a la Universidad de Oviedo, como yo, sino a otra más informal, más esclarecedora. Y así era.

Se me hace difícil hablar de Chema en pasado, seguramente es de ese tipo de personas que siempre nos acompañan, que se nos asoman por encima del hombro cuando estamos pensando, leyendo o escribiendo algo.

Por otro lado, la originalidad es imposible al hablar de Chema: es obvio que todos valoramos su saber, su curiosidad intelectual, su aptitud organizativa, su habilidad para “repartir juego” -como decía Casimiro-, su generosidad y su enorme capacidad de trabajo. Es un lugar común hablar de su bonhomía: era “buena gente”, en lo general y en lo particular.

Con todo, me gustaría destacar tres características que -seguro algunos habrán dicho o dirán- a mí me agradaban sobremanera: su sentido del humor, ese estilo tan “playu” para ver el lado simpático de las personas o las situaciones; conectado con esto, su perspicacia, su “ojo” para captar las realidades sociales (¿de ahí su interés por la fotografía?); y finalmente, que, si, como cualquiera, tenía dudas, en lo fundamental tenía unas convicciones cuya firmeza a mí me conmovía.

Hay una frase de Bertolt Brecht que oí por primera vez a Silvio Rodríguez, presentando una canción; si no se sitúa en un contexto, puede parecer desmesurada y de una solemnidad que él desaprobaba, pero sinceramente, en mi opinión, le cuadra perfectamente a Chema: “hay hombres que luchan un día y son buenos; hay otros que luchan un año y son mejores; hay quienes luchan muchos años y son muy buenos; pero hay los que luchan toda la vida, esos son los imprescindibles.”

Descubriendo a Chema

Fernando Gállego

Conocí a Chema hace relativamente poco tiempo. Fue allá por el año 2013 cuando el Grupo Eleuterio Quintanilla, del que Chema fue principal artífice y fundador en los años 90, se planteó el estudio de Sefarad, una monografía sobre la presencia de los judíos en la península ibérica durante la Edad Media. Fue para ese proyecto para el que fui invitado a participar en el Grupo y ahí conocí a Chema.

No pasaba desapercibido. Desde las primeras reuniones quincenales en el Ateneo Obrero de Gijón, me pareció una persona con una inmensa capacidad de liderazgo, con unas sólidas ideas pedagógicas y con un compromiso social de hierro para con los excluidos, fuera cual fuera su origen.

Era difícil adelantarse a él en la definición de los proyectos que abordaría el grupo y en la metodología de trabajo. Identificaba con rapidez el centro de atención al que debía volver su mirada el Grupo, siempre un problema social relevante, siempre una situación de desgracia para los mismos, para los excluidos, para los olvidados, para los parias, y eso se traducían en un nuevo trabajo, una nueva publicación que sumarse a las otras: proyectos como “La Gran Estafa” (2013), sobre los efectos sociales de la crisis económica, “Refugiados bienvenidos” (2016), sobre la crisis de los Refugiados de la guerra de Siria, “Pobreza, exclusión social y educación” (2017), o “Sufrir la guerra, buscar refugio” (2018), con motivo del 80 aniversario de la caída del Frente Norte durante la guerra civil española, son un buen ejemplo. Atento siempre a los problemas relevantes del presente, a lo que sucedía en el mundo en cada momento, siempre orientó el quehacer del grupo hacia la investigación y hacia la búsqueda de respuestas que permitieran ayudar a alumnado y profesorado a entender ese mundo circundante, a moverse en él con autonomía y a colocarse del lado de los más excluidos, marginados u olvidados.

Junto con su apego a la realidad práctica inmediata, circundante, siempre mantuvo vivo el interés por el rigor científico en el trabajo. Siempre defendía con insistencia la necesidad de investigar los problemas y las respuestas, buscar y ampliar constantemente las fuentes, leer, buscar referencias, no dejar dudas, asentar las propuestas en certezas y no en opiniones. Muchas lecturas para cada trabajo. A veces parecía el Xavi del grupo, el jugador que distribuye el juego, el que da el último pase de gol. Cuántas veces marchamos para casa con las lecturas adjudicadas para fundamentar esto o lo otro. Cuántos cabreos cuando no quedaba contento, cuando algo le parecía insuficiente.

Gran amante de la fotografía, de la imagen y del cine como recurso didáctico, no se cansó de fundamentar ese recurso pedagógico, como hizo en “El Mundo visible. Una reflexión sobre fotografía y educación” (2016), en “Cine y diálogo intercultural. Viaje a la esperanza” (2011), en “Los Parias de la Tierra” (2005) sobre la presencia de los inmigrantes en el cine español, en “Huevos de serpiente” (2001), sobre el racismo y la xenofobia en el cine, o en “Miradas y desarraigados” (2002) sobre las migraciones en el arte. Algunos

de estos libros incluyen guías de películas que incluyó debidamente catalogadas, comentadas y con las correspondientes guías didácticas.

Sólo trabajé con él, mano a mano, en una ocasión. Fue en su casa preparando el texto básico del trabajo “Pobreza, exclusión social y educación. Conferencias y encuentros para la acción” (2017). Se trataba de perfilar y pulir el texto del borrador de la ponencia que habría de presentarse para una reflexión pública acerca del papel del sistema educativo para combatir el fracaso y la pobreza. Fueron más de dos horas discutiendo aquel texto. Discutió con vehemencia, como si le fuera la vida en ello, discutió cada palabra, cada párrafo, cada signo de puntuación. No regateó ni un segundo para justificar todas y cada una de las aportaciones del texto. Poco a poco fui comprobando que lo que escribía no era resultado de una reflexión improvisada, que no sólo vivía de lecturas y teorías, alejadas de la realidad, sino que también lo hacía desde su experiencia de trabajo como Orientador y luego como Director del Instituto Feijoo de Gijón. Por eso Chema no fue el teórico alejado de la tiza que reflexiona desde el sillón, sino el trabajador que baja al campo y se brega en el trabajo cotidiano, práctico, de cada día. La formación intelectual desde la que escribía Chema, es el producto de la investigación en la acción de la que hablaba Stenhouse (1985), o lo que Rozada definía como la síntesis de la relación entre la ciencia, la conciencia y la práctica, en “Formarse como profesor” (1997) y que tan presente estaba en Chema.

Chema fue un gran intelectual, un gran profesor y un gran orientador. Inquieto, siempre atento al entorno, a las novedades teóricas en múltiples campos, a la política, al cine, a la literatura, polemista vehemente, con naturaleza de líder y gran capacidad organizativa y de trabajo, un poco tozudo, siempre dispuesto a la exposición pública y nunca dubitativo cuando se enfrentaba a la injusticia. Quizá llegó algo tarde a la informática, con la que tenía sus más y sus menos, pero incluso en eso se intentaba superar.

En el poco tiempo que he formado parte del Grupo Eleuterio Quintanilla he visto irse a algunas de las personas más maravillosas, comprometidas y competentes que he conocido: María Viejo, Juana Lobo, José Luis Testa y Chema Castiello. Las recordaré siempre.

Para Chema

Ana Ceballos

Hasta el verano pasado, un día sí y otro también coincidía en la playa con Chema durante la temporada de baños. Yo de paseo matutino, él iba a bañarse a la escalerona y caminábamos un trecho juntos, unos días más que otros. En estos paseos hablábamos de todo, de viajes que pensábamos hacer ese verano, de los realizados, de libros, de la forma física que no flaqueaba, del proyecto que tenía en mente para el grupo en el curso siguientes e incluso de cuestiones más personales. Siempre tenía una conversación animada, la respuesta adecuada o un silencio elocuente y respetuoso.

Chema era un gran conversador, en espacios públicos, en tertulias, en reuniones y también en lo más íntimo, sabía comunicar sus ideas y hacerse oír. Pero sobre todo, escuchaba, en todo momento y a todo el mundo. Prestaba atención a lo que decías y eso lo transmitía: te sentías cómoda con él y te invitaba a compartir tus ideas, tus opiniones y tus sentimientos. Chema era un gran “escuchador”.

Cuando paseo por la playa busco sin querer tu figura en bañador y con las gafas de nadar en la mano. Gracias por todo lo que me has dado.

"Esa chica tan dinámica"

Idoya Martínez D-M-G.

"Esa chica tan dinámica", así me definió Chema la primera vez que me requirió para unirme al Grupo Eleuterio Quintanilla.

Me llevó Manuel, fue para poner a prueba con el alumnado uno de los trabajos realizados por el grupo.

Me llamo la atención su manera de trabajar, como cuestionaba todo lo que decía, como sin parecerlo te obligaba a ir siempre un poco más allá. Literalmente me arrastró y me integró en el grupo, él me convirtió en esa chica dinámica que vio en el primer momento; era imposible no ser dinámica en su presencia porque si algo era Chema, era ser un gran dinamizador y de su mano funcionamos como un circo de tres pistas, celebrando cada trabajo o exposición con el inicio de un nuevo proyecto.

No olvidaré los cafés previos ni los vinos a posterior, porque estar y disfrutar de Chema ha sido determinante para mí como docente y como persona. No te olvidaré.

Un recorrido para el crecimiento profesional, personal y humano

Carlos Pérez Lera.

Corría el año 1995 cuando durante un paseo por la Semana Negra de Xixón descubrí una carpa que durante el resto de mi vida marcaría mi compromiso social en diferentes causas que se estaban gestando en esta ciudad. Se trataba de Radio Kras, un espacio lleno de vida habitado por algunas de las personas que poco tiempo más tarde se convertirían en parte de mis amistades y compañeras de militancia. Entre ellas estaba Chema Castiello.

Solo tres años después, desde ACSUR Las Segovias iniciamos una aventura llamada “Les Otres Cares del Planeta”, a la que se sumaron en su tercera edición organizaciones como Griesca y Lliberación. Y ese es precisamente el momento en que empecé a conocer más a fondo a Chema; a conversar con él sobre educación, política y activismo; a interesarme por la riqueza de sus reflexiones, alejadas de dogmas y demagogia barata; a sumarme a algunas de las múltiples iniciativas que imaginaba y luego se convertían en proyectos concretos.

Con mi incorporación primero a Lliberación y después a Acción en Red, mi relación con Chema se hizo más intensa. Bien para hacerle yo alguna propuesta de colaboración -como fue el caso de las propuestas didácticas que elaboró para MUSOC- o por esa enorme capacidad que tenía para “liarte” en alguna nueva andadura relacionada con temas de migración y refugio.

Los últimos tiempos estuvieron marcados por mi incorporación intermitente al Grupo Eleuterio Quintanilla y mi trabajo como asesor docente en el CPR de Gijón-Oriente. Todo eso hizo posible desarrollar algunas formaciones con la participación de profesorado de diferentes etapas educativas.

Este recorrido a su lado me permitió compartir muchas cosas en el terreno profesional y plantearme críticamente mi labor como docente. Pero, sobre todo, me hizo crecer a nivel personal en todos los ámbitos de mi vida. Perder a alguien con tanta calidad humana como Chema no solo es injusto para quienes le queríamos, sino también para el conjunto de causas por las que luchamos día a día para intentar lograr mayores cotas de libertad, justicia e igualdad. Por eso, el mejor homenaje que le podemos hacer ahora que no está es no dar ni un paso atrás y seguir andando camino.

Brown Dispatcher

Rosa Rodríguez Macías.

En casa, cariñosamente, mi pareja y yo llamábamos a Chema “*el brown dispatcher*”, un término inventado y que, jugando con un inglés “*from lost to the river*”, le adjudicaba la capacidad de distribuir “marrones” a diestro y siniestro. Ese juego de palabras íntimo me da vueltas hoy en la cabeza: Chema creyendo en mí, diciéndome que sería capaz de coordinar un grupo de trabajo, de redactar un proyecto, de organizar cualquier cosa, incluso recién aterrizada en el Grupo Eleuterio Quintanilla.

Chema liderando y coordinando, Chema reactivando una y otra vez el grupo, sacándonos de la comodidad y a veces de la desidia o el ensimismamiento. Chema siempre pensando en el siguiente proyecto.

No sé quién podrá ahora ser nuestro “brown dispatcher”, porque “liar” a la gente es siempre muy difícil, pero es algo que nos hace más falta que nunca. Nos hacen falta capitanes, nos hacen falta personas con capacidad de liderazgo y compromiso, nos hacen faltan personas que sepan hacerlo con los demás y no sobre los demás. Nos hace falta Chema Castiello.

Nos haces falta Chema.

México, Chema y los Mayas

María Louzao Suárez.

México y los mayas. Estos nombres se me vienen a la cabeza cuando pienso en Chema. Tienen que ver con la primera vez que lo conocí personalmente. Fue en el Colegio Germán Fernández Ramos, en Oviedo (no recuerdo exactamente el curso, calculo que sería en 2005 o 2006). José María Rozada hacía una Escuela de Madres y Padres en el colegio e invitó a Chema a organizar una sesión sobre interculturalidad. También me invitó a mí. Fue esa actividad, iniciada con los mayas, una de las muchas aportaciones que me hicieron reflexionar acerca de lo intercultural, tema sobre el que ya indagaba yo de aquella, y también la oportunidad de ver de cerca su capacidad para saber congeniar y dialogar con quien tenía delante.

Poco tiempo tuve de volver a trabajar y coincidir con él personalmente. Sí a distancia, pues los materiales elaborados por él y el resto de componentes del Grupo los he utilizado siempre a lo largo de mi práctica profesional.

Voy a recordar con cariño los dos últimos besos que nos dimos para desearnos buenas navidades y las risas que me sacó su último libro, "Guaje de barrio", que me acompañó durante unas cuantas noches estos últimos meses.

Hasta siempre, Chema. Buen viaje.